

BAJO el HERIDO SOL de MAYO

LA primavera nos trae todos los años la nostalgia del hombre que se santificó hiriendo el espacio con el rubión de su lírica mochila. Que también, ¡cómo no!, se puede entrar en el cielo con las manos curtidas por el viento y la piel atormentada por el sol...

A Isidro no podemos desvincularlo totalmente—porque de esta forma alcanzó a Cristo—ni de su arado cuajado de madrugadas sobre la sementera, ni de sus zapatones pisando la fecunda gleba de la besana, ni de su fuerte musculatura dirigiendo a los pacientes bueyes. Así fué y así se nos ha quedado en el corazón este Isidro, labrador y místico, poético como un incendio de luz besando las caderas de una muchacha.

Y es inútil. La flébil especulación, elemental como una margarita, no dá más de sí. Todo lo más asociamos a nuestra emoción la grácil silueta de un borriquillo, perdido en el horizonte, que transporta pacientemente a su dueño cargado de senectud.

Por eso, cuando la luz de mayo cabrillea besos de sol redondo en la umbría de los prados, este santo de égloga, que se nos ha quedado atado de pies y manos en manojos de verde tomillo, adquiere remozada jerarquía en nuestra retina sentimental, abierta siempre a lo mejor del estío.

Y no sabemos por qué, pero siempre el espacio del límpido azul se nos llena de un arado uncido de mansos bueyes acariciados por un ángel de cristal sobre los surcos.

Isidro, campesino y santo, fué el hombre que sofocó a la Providencia con la ardiente talega de su generosidad; el que creyó profundamente y con su Dios, su fe, su hogar y su tierra abrasada en la austera geometría de la llanura, pudo ver muy cumplidamente la sonrisa del Dios de su heredad. No nos extrañemos, pues, que este mismo Dios complacido de su siervo fiel, hiciera descender del mismo cielo ángeles con cuellos de madre selvas para aliviar la tarea del justo varón. Isidro fué el simple que se santificó bajo el sol de todos los solsticios y la alegría de una canción pronta siempre a reventar en sus labios.

Y así este abridor de pozos, que buscaba siempre con su frente tranquila y confiada la ecuación de las nubes que traen el agua, o la seda de un trozo de firmamento que seque los higos de octubre,

se nos ha asociado solemne y bucólico como un rudo del campo capaz de avasallar a finezas a su Señor del Sinaí

El «Hágase Tu voluntad», acostado siempre en sus labios de una forma rendida y total, es otra faceta de Isidro que le incrusta en un perfil de santidad estupendamente sonriente: la flecha que le disparó sobre todos los presagios labraderiles hasta el Infinito Prado de la Esperanza lograda.

Santos de esta talla—como Cottolengo, Bernardo de Claraval y Juan Bosco, difuminados en un escenario afín cerca de Dios—bien merecen la lírica emocionada de nuestra pluma para desdibujarles fielmente siempre que la alondra cante en el barbecho, ahita de pasión, y la cigüeña pose su esbeltez en la húmeda alegría de las espadañas.

JULIO CENDAL



ACORDE LIRICO

V

Busqué una estúpida manera de matarme,
como nadie se mata,
leyendo hermosos libros
que llenan de dulzor y de veneno el alma.

PEDRO ROMERO MENDOZA